



XXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

“¿Quién dicen ustedes que soy yo?”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Isaías 50,5-9; Santiago 2,14-18; Marcos 8,27-35

La lectura de este domingo nos sitúa en un momento culminante del evangelio según san Marcos. Los discípulos se han ido acostumbrando a caminar con Jesús por los caminos de Galilea, siendo testigos de sus acciones sanadoras que entusiasman a la gente sencilla de las aldeas y pueblos de la región y del contorno, y de sus enseñanzas sobre el Reino de Dios, presentadas tan aseQUIblemente en forma de parábolas. Hubo, es verdad, momentos en que Marcos tuvo que dejar constancia de algunos reproches de Jesús al lento proceso de la fe de los discípulos (4,42; 7,17). Ha llegado el momento de ir aclarando posturas personales en “el camino” y Jesús les lanza la pregunta: “¿Quién dicen ustedes que soy yo?”. Pedagógicamente les había propuesto antes una cuestión menos comprometedora: “¿Quién dice la gente que soy yo?” y la habían respondido lealmente: la gente te ve como un profeta, es decir como alguien que actúa y habla en nombre de Dios. Pero la pregunta que los debió dejar paralizados en el camino y exigía una respuesta muy personal, era la otra, formulada de manera bien directa: “Ustedes, ¿quién dicen que soy yo?” Desde entonces resuena ineludible en algún momento clave de la vida –“en el camino”– de toda persona cristiana. Y resulta imperioso responderla.

En el texto propuesto podemos distinguir como tres momentos a tomar en cuenta para poder dar una respuesta cabal a la pregunta de Jesús. El primero consiste en la formulación de la pregunta por parte de Jesús y la respuesta rápida de Pedro, que seguramente recogía el sentir de los otros discípulos: “Tu eres el Cristo”.

* Ciclo B

Respuesta entusiasta, y hasta arriesgada, en el contexto de lo que otros judíos pensaban del profeta galileo. Jesús reacciona mostrando reserva y pidiendo que no lo repitan. Un segundo momento de dura confrontación con Pedro: Jesús toma la palabra para advertir “abiertamente” que no se confundan con ideas que no son de Dios, sino de los hombres: “El Hijo del Hombre tiene que sufrir mucho...”. El tercero, dirigiéndose de nuevo a los discípulos, es un llamado al seguimiento, asumiendo el camino del mismo Jesús: “El que quiera venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. El seguimiento constituye definitivamente “la” respuesta a la pregunta que les había formulado.

La pregunta era muy personal. No trataba de lo que ellos “sabían” o pensaban de Jesús, sino de lo que Jesús –su persona y su mensaje– significaba en y para su vida. También hoy, con frecuencia, podemos sufrir esa misma confusión. Sabemos decir cosas buenas, que hemos aprendido, sobre Jesús; otra cosa es “creer” en él, seguirlo, tomarle como referente definitivo en nuestros criterios, opciones y sentido de vida. Él mismo, en su advertencia a los discípulos, insiste en que para dar cuenta de quién es él, hay que referirlo a su camino histórico: su fidelidad a la misión en medio del rechazo de los poderosos, de su condenación y muerte. No es el Cristo-Mesías poderoso, que postulaban sus contemporáneos, sino “el siervo” fiel y sufriente, que “da su vida por la liberación de todos” (Mc. 10,45).

En consecuencia, hacerse discípulo suyo, “venir detrás de mí”, supone aceptar su estilo de vida, expresado en “niéguese a sí mismo, tome su cruz”. Significa decidir no vivir en función egoísta de sí mismo, sino como servidor de la causa de la vida de los demás, lo que de hecho, en una sociedad como la actual, que se construye con el criterio del éxito individual y la marginación de los pobres, suscita incompreensión y rechazo: “cruz”, como fue en el caso y en el lenguaje de Jesús. Entonces ya es posible la respuesta a la pregunta inicial, que no será una palabra sino una opción de vida: “sígame”. La expresión utilizada por Jesús en el contexto del “camino” no apunta a una imitación repetitiva de sus gestos y actitudes, sino a un caminar –vivir- con nuestros propios pies y responsabilidad, recreando en cada tiempo y circunstancia las opciones y actitudes con las que Jesús dio en su tiempo sentido a su vida. Seguir es caminar atentamente detrás, tomando como referente inspirador a aquél en quien hemos decidido creer.

Es una opción de vida –“si alguno quiere...”– en la que uno empeña y arriesga la plenitud de su vida. La frase final, con la que concluye Jesús, lo expresa de una manera clara y radical: el que se afana por “ganar su vida”, es decir por vivir en función de sí mismo, “la perderá”. Pero “el que la pierde por mí y por el evangelio”, es decir el que se lo juega todo por la causa de Jesús y su proyecto, el Reino de Dios y su justicia, la vida plena de los demás, la vida de los pobres, “la ganará”. Es

la vida –la salvación– lo que se pone en juego en la pregunta de Jesús y por tanto en nuestra respuesta

La primera lectura, que ha sido elegida para dar contexto y luz a la comprensión del evangelio, se toma del “Tercer canto del servidor” en Isaías. El elegido de Dios vive su fidelidad “para escuchar, igual que los discípulos”, afrontando una existencia de confrontación y sufrimiento, con la confianza en que “Yahvé habría de ayudarme” y “de que no quedaría avergonzado”. Para los primeros cristianos Jesús es predicado como “su siervo Jesús” (Hech. 3,13.26) en el que ven cumplidas la elección y misión del “servidor” fiel y sufriente de los cantos de Isaías.

Continúa ese domingo la lectura de la carta de Santiago con una anotación ejemplarizada sobre la relación de la fe y las obras, cuestión arduamente discutida de manera especial por Pablo con aquellos cristianos que provenían del judaísmo e insistían en su fidelidad a la Ley. La carta de Santiago precisa que la fe auténtica será aquélla que se traduce en las obras que mejor la expresan: el amor efectivo a quienes se encuentran en situación de necesidad: “desnudos y carentes de sustento”. Las buenas palabras no sirven de nada. “Así también la fe, sin obras, está realmente muerta”. En el fondo, es lo mismo que Pablo había escrito en la carta a los Gálatas: lo que cuenta es “la fe que actúa por la caridad”.

Resumiendo el mensaje de las lecturas: “Creer” en Jesús no es asunto de palabras que se contentan con una formulación doctrinal correcta. Es una opción personal, libre y coherente; consiste en “seguir” a Jesús en su caminar, tratando de vivir cada día en la entrega servidora y liberadora por la vida plena de los demás, de los que más necesitan. Como lo hizo Jesús que va delante.